

La defensa y las Fuerzas Armadas al llegar el año 2000

JAVIER PARDO DE SANTAYANA Y COLOMA*

Los ejércitos son una de las instituciones clave en las que se aprecia una evolución más significativa en la mayoría de sus aspectos, si nos detenemos a comparar lo que son hoy en día con lo que eran el año 1900. Y no es de extrañar, puesto que si algo ha marcado a Europa durante el siglo que ahora acaba, esto ha sido la culminación de un historial ininterrumpido de conflictos bélicos con dos guerras mundiales, originadas precisamente en este siglo y en un continente que ahora se nos muestra como ejemplo de convivencia pacífica sólo empañada por algún residuo aparentemente anacrónico como el de los Balcanes. La culminación sangrienta de las dos guerras mundiales con el colofón de la amenaza de una tercera guerra mundial de carácter nuclear fue como un aldabonazo de efectos radicales. La Humanidad se ha planteado, definitivamente según parece, que es necesario avanzar hacia un orden internacional y erradicar los mecanismos más íntimos del fenómeno de la confrontación.

* Teniente General.

Este fruto de la experiencia confluye con una dinámica natural y propia del progreso humano que requiere, en esta hora, dosis cada vez mayores de racionalidad en todos los comportamientos, incluida una mayor coherencia entre los planteamientos éticos de carácter personal y aquellos que deben aplicarse a la relación entre las naciones.

Un tercer factor converge con la terrible experiencia de las guerras y con este impulso de racionalización propiciado por el progreso: el nuevo paradigma, fruto del asombroso desarrollo tecnológico que observamos en este final del siglo XX, desacreditador de los planteamientos lineales y reduccionistas, y que, al poner de relieve la interdependencia de los fenómenos, muestra tanto la inconveniencia como la inutilidad de los cotos cerrados. Este es el paradigma que surge también de la visión de nuestro planeta desde el espacio, una nueva perspectiva que no sólo cambia la relación del hombre con la naturaleza, sino que también obliga a reflexionar sobre las relaciones entre los mismos hombres. Por eso el momento primero de tal visión bien pudiera ser considerado como el comienzo de una nueva era.

La reflexión sobre la relación entre las naciones desde esta nueva visión de las cosas ha dado lugar a un cambio fundamental. Ahora, según el nuevo paradigma, aquélla se establecerá de acuerdo con planteamientos de cooperación más bien que de confrontación o de dominio, pues la complejidad, que es la característica más acusada de la modernidad, se resuelve mediante la compatibilidad, que propicia la resolución de los conflictos por medio del diálogo, y la confrontación de intereses contrapuestos mediante el consenso. La seguridad propia no se basará en la ruina del vecino, sino en el mutuo progreso. La globalización, un fenómeno emergente que ya vivimos día a día, y que es fruto de esta nueva perspectiva y de la realidad de los modernos medios tecnológicos, favorece el establecimiento de nuevos esquemas de relación internacional, y entre ellos los relacionados con la defensa, que tiende a definirse en un ámbito más amplio en el espacio y en el tiempo, como es el de la seguridad.

La nueva perspectiva hace que los conflictos entre los hombres sean vistos como un gasto inútil de energía y, por tanto, como originadores de una actividad irracional, por mucho que se vean justificados por motivos comprensibles. Ante ellos los países desarrollados se sienten movidos a actuar para asegurar la paz y la estabilidad y para restablecer un cierto orden, como obligación moral y también por su propia seguridad, teniendo en cuenta que la globalización supone que, de una u otra forma, el peligro llega a afectarnos a todos aunque sea por caminos más o menos indirectos.

La confluencia de los factores que acabo de enumerar ha influido notablemente en los planteamientos de la seguridad y la defensa, y consecuentemente, en las Fuerzas Armadas. Una de las repercusiones más importantes ha sido la colectivización de la defensa, no ya sólo en el ámbito europeo, sino en el amplio espacio euroatlántico. El cambio es absolutamente trascendental. En una Europa tradicionalmente dividida y en permanente conflicto, ninguna imagen puede ser más revolucionaria que la de unos ejércitos trabajando habitualmente de la mano y compartiendo doctrina y procedimientos comunes. Intentar encontrar cualquier parecido entre las alianzas clásicas de principio de siglo y estas nuevas que disponen de una estructura militar integrada resulta un esfuerzo inútil.

No es preciso insistir en los cambios tecnológicos para subrayar la diferencia entre los ejércitos actuales y los de comienzos de esta centuria. Baste recordar que a lo largo de los últimos cien años el combate se ha extendido por lo menos a dos dimensiones más, la aérea y la espacial, y esto por no aludir el espacio cibernético, que hoy emerge como un nuevo territorio donde en el futuro se producirá una de las luchas decisivas para vencer la voluntad del adversario.

Uno de los aspectos más importantes de la evolución experimentada en el terreno de la defensa es la humanización del conflicto en cuanto a la exigencia de daños mínimos, no ya en lo que se refiere al respeto al adversario o a preservar a las tropas propias, sino también a no causar en el enemigo mayores daños de los estrictamente necesarios. Este principio ético se ve reforzado en la opinión pública occidental por la lejanía con que ésta vive las actuales actuaciones militares, y llevado al límite llega a producir una excesiva presión sobre el soldado, inmerso como está éste en las fricciones propias del combate.

La entrada de los ejércitos en la nueva “era de la información” ha producido un cambio considerable en cuanto a los factores clave del éxito militar y, consiguientemente, en cuanto al orden de prioridad de los programas, situando en primera línea del interés aquellos que tienen relación con los sistemas de mando, control, comunicaciones e inteligencia. De esta forma, esa pugna entre voluntades opuestas en que se sintetiza el conflicto bélico se dirime en un plano mucho más cercano a estas mismas voluntades de lo que estuviera en tiempos anteriores. Por otra parte, el escenario se amplía enormemente como consecuencia del alcance de las comunicaciones y de la rapidez de los desplazamientos.

En cuanto a la consideración misma de la figura del hombre de armas, la traumática experiencia europea produjo en este siglo un largo debate que se refiere a la utilización de la violencia y al papel del militar en la sociedad moderna. Muchas de las contradicciones y dificultades observadas se resuelven de forma bastante satisfactoria una vez asentado el sistema democrático como el más adecuado para la convivencia y el que mejor favorece el progreso y el respeto a la dignidad del hombre. En este contexto se ha llegado a desarrollar un juego político-militar que inserta racional y armoniosamente la actuación castrense dentro del desarrollo normal de la sociedad respetando los correspondientes ámbitos de iniciativa con la mínima merma de eficacia.

En cualquier caso, siguen encontrándose ciertas dificultades para la aceptación de un hecho tan incontrovertible como la necesidad de la defensa. Nadie parece poner en duda la necesidad de la seguridad. Por otra parte, como dijo Wörner, el antiguo Secretario General de la Alianza Atlántica, no hay seguridad sin defensa. Mas existe una larga tradición de rechazo en los medios intelectuales de todo lo que pueda tener relación con lo castrense, según una actitud que parece negarse a reconocer algo tan consustancial con la condición humana como es la realidad del conflicto, y atribuye a los militares hechos de los que son especialmente responsables los dirigentes políticos.

En este momento histórico del fin de siglo, la tendencia en lo que se refiere a la generación de la fuerza es que esta última sea de carácter profesional. Así lo aconsejan el alto nivel tecnológico de las Fuerzas Armadas y la naturaleza de las “nuevas misiones”, que exigen ejércitos proyectables a distancia y no tanto de carácter territorial. Por otra parte, la presión de la sociedad del bienestar hace que el servicio militar obligatorio resulte cada vez más inconveniente para los jóvenes. Todo

ello ha llevado al agotamiento el modelo que fue clásico desde la época napoleónica y da lugar a un importante cambio social, según el cual, al tiempo que se produce una cierta desvinculación personal de los miembros de la sociedad respecto de la milicia, se establece una nueva e interesante relación con ella como consecuencia de la identificación de los ejércitos con los objetivos nacionales.

Las nuevas misiones a las que acabo de aludir marcan también una significativa diferencia en lo que se refiere al papel de las Fuerzas Armadas y responden al concepto de “paz protegida”. Su naturaleza favorece la imagen de los ejércitos como garantes de la justicia. En realidad, su evolución es paralela a la de la sociedad, pues si bien la misión de aquéllos fue siempre la defensa, ésta ha sido secularmente interpretada según la particular visión de los dirigentes políticos de cada país. Hoy día, sin abandonar su misión principal de garantizar la libertad de la nación, los ejércitos han pasado a ser un instrumento eficaz para asegurar la paz y la estabilidad dentro de un concepto más amplio y de un ámbito más extenso conforme a ideales compartidos por la generalidad de los países y que tienen que ver principalmente con los derechos humanos. En este sentido, el cambio experimentado a lo largo del siglo ha sido particularmente profundo.

Estas transformaciones no alteran substancialmente la naturaleza de la profesión militar. El proceso de racionalización propio de un siglo que ha sido testigo de tantos avances llegó en sus excesos a pretender convertir al militar en una especie de funcionario, pero el compromiso de ofrecer la vida en el cumplimiento de la misión si ello fuera necesario hace que la profesión militar siga teniendo una peculiaridad que impide que pueda ser considerada simplemente como una “actividad ocupacional”.

La consideración social de que disfrutaba el militar a principios de siglo ha sufrido un considerable descenso, lógico, por otra parte, en una sociedad muy materialista, que valora al hombre sobre todo en razón de su capacidad económica. Sin embargo, creo observar que la sociedad actual evoluciona hacia un mayor reconocimiento de determinados valores, como la solidaridad y la justicia. En este terreno se empieza a vislumbrar una cierta posibilidad de encuentro, como el que se viene produciendo en las misiones humanitarias entre los movimientos del voluntariado y las fuerzas militares. Todo ello anima a la percepción, por cierto ya alcanzada por nuestros clásicos desde harto antiguo, de que la milicia es un ámbito de valores cívicos, donde se practica el sacrificio y se ejercita el sentido del deber, y un territorio de eficacia, donde el cumplimiento de la misión es siempre lo prioritario.

Una característica propia del cambio de siglo es el papel estelar de las crisis, más que de las guerras, como objeto de atención de la seguridad y la defensa. Las crisis se inscriben en un conjunto de situaciones compuesto por paz, crisis y guerra; las tres situaciones pueden requerir la actuación militar. El énfasis se sitúa en la prevención de los conflictos. Todo ello enriquece la gama de actuaciones de las Fuerzas Armadas, que se convierten en un eficaz instrumento de la acción exterior.

Como vemos, a punto de finalizar el siglo, y pese al desgaste producido por las experiencias sufridas, la seguridad y la defensa aparecen como un asunto de gran interés para el futuro. Esto es evidente en la construcción europea. Por una parte, la transformación de Europa en una gran potencia económica a nivel mundial trae como corolario la necesidad de protección de su patrimonio; por otra, el incipiente desarrollo de la dimensión política europea está obligando a dotar a la Unión de una

capacidad de defensa sin la cual no sería posible desarrollar una política exterior común. Esta razón, refrendada por la cruda realidad del problema balcánico, hace que Europa se esfuerce en este momento por dotarse de una capacidad propia de defensa para las misiones que ella misma se ha reservado, trastocando el orden secuencial de desarrollo propugnado hasta bien recientemente. Lo exige también, incluso, dentro de un esquema de futuro aún a más largo plazo, el desarrollo de una capacidad regional de proyección de paz y de estabilidad según los ideales de las Naciones Unidas en un mundo globalizado.

Todo esto se hace posible gracias a los cambios experimentados en la situación estratégica europea a partir de 1989, año en el que puede fecharse el comienzo de un nuevo siglo desde el punto de vista de la seguridad y la defensa.

Las consideraciones hasta aquí expuestas son plenamente aplicables a nuestra nación y a sus Fuerzas Armadas, hoy integradas en las organizaciones europeas y euroatlánticas en plano de igualdad con las de sus aliados. Pero bien se puede decir que, en el caso de España, el salto que observamos entre las situaciones en 1900 y en 2000 es todavía más significativo. La incorporación de nuestra seguridad y defensa a los esquemas colectivos y la integración de nuestras fuerzas militares en organizaciones multinacionales constituyen una decidida y crucial contribución a la modernización de nuestro país y, juntamente con la participación en las nuevas misiones, han servido para restablecer una opinión más equilibrada sobre las Fuerzas Armadas, antes perturbada por algunas consecuencias de nuestra guerra civil y por los prejuicios cultivados por ciertos grupos políticos, así como por la ignorancia generalizada respecto a los asuntos de la defensa, algo lamentable si tenemos en cuenta que es ésta una responsabilidad primaria para el Estado y de importancia básica para la sociedad. En cualquier caso, la rapidez de reflejos mostrada por nuestras instituciones y nuestros representantes, y el rigor con que se ha abordado la etapa inicial de adaptación a los nuevos foros y organizaciones, han elevado el prestigio de España y nos han permitido sacudirnos algunos complejos.

La ambición de situar a nuestra nación en un lugar preeminente y recuperar para ella el protagonismo que le corresponde por su cultura y su historia contrasta con la actitud pesimista dominante a finales del siglo pasado, cuando se acababan de liquidar los últimos restos de nuestro imperio. Hoy, España pretende alcanzar en un plazo razonable los niveles de progreso y bienestar de los países punteros de Europa, formar parte del G-7 o ser miembro permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, y nuestros ejércitos, lejos de aparecer como los últimos vestigios de un pasado mejor, se nos muestran como representantes cualificados y activos de una España moderna, integrada en las grandes instituciones europeas, euroatlánticas y mundiales de seguridad y defensa, desempeñando un papel especialmente brillante en tareas de pacificación no exentas de riesgo, como un adecuado y eficaz instrumento de nuestra acción exterior, presentes en aquellos lugares del mundo donde se juegan las grandes bazas de la Historia.